

Leg 52 Jaquette 1^o

~~p. 247~~

390

El dogma de la Trinidad
y la doctrina de Platon.

DISCURSO

DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

PARA EL PROYECTO DE LEY DE ECONOMÍA Y COMERCIO

LECTURA EN EL SENADO

EL DÍA 10 DE ABRIL DE 1954

SENADO DE LA REPÚBLICA

BOGOTÁ, COLOMBIA

UVA. BHSC. LEG.05-1 n0390

HTCA

U/Bc LEG 5-1 n°390



1>0 0 0 0 2 7 9 4 2 4

47

DISCURSO

LEIDO

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

POR EL PRO. D. JOAQUIN GARCIA Y GARCIA,

LICENCIADO EN SAGRADA TEOLOGÍA,

en el acto solemne de recibir la investidura de

DOCTOR EN DICHA FACULTAD.



MADRID.—1860.

Imprenta de Tejado,

á cargo de Rafael Ludeña,
Pelayo, 26, principal.

DISCURSO

1890

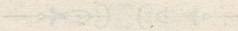
EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

DE LA REPUBLICA ARGENTINA

LECTURADO EN LA CATEDRA DE HISTORIA

EN EL AÑO DE 1890

LECTOR EN DIGNA FACULTAD



Imprenta de Telles
Calle de San Martín, 100
Buenos Aires

Excmo. é Ilmo. Sr.

Hubo un tiempo en que las densas tinieblas de la idolatría rodeaban la mayor parte de la afligida humanidad, que humillada soportaba las prescripciones de su dogma repugnante y de su horrible culto. Algunos hombres eminentes, cansados al fin de tan espantosa escena, trataron de elevarse al origen de la tradicion. Dios, que en su altísima providencia habia ocurrido á esta necesidad del género humano, haciendo á un pueblo escogido depositario de sus verdades, permitió, que aquellos sábios errasen el camino, y que en vez de dirigir sus pasos al pueblo hebreo, se encaminasen al Egipto, cuyas falsas tradiciones, no pudiendo apagar la sed de ciencia que los devoraba, dieron lugar á que las despreciasen, y renunciando á la fe, intentasen constituir con sus propias fuerzas el augusto monumento de la verdad. En breve el entendimiento humano corrió por todas partes en busca del objeto de sus ánsias; pero el resultado no podia corresponder á sus deseos; la obra era superior á sus fuerzas; y despues de inútiles

tentativas, cansado y estenuado de fatiga, se vió en la dura necesidad de abandonar el campo al excepticismo, que paso á paso iba destruyendo los restos de las primitivas creencias.

En tanto que el antiguo racionalismo sucumbia de esta manera en tan dolorosa prueba, se preparaba tranquilamente una gran revolucion. Las tradiciones primeras, que yacian encerradas en la Judea, se esparcian por el orbe conocido, merced á la division de las tribus, á la esclavitud de aquel pueblo, y á su trato y comunicacion con las demas naciones, á quienes ponía en conocimiento de sus libros sagrados, ya traducidos al idioma vulgar. La esperanza en un reparador se hizo general, y Jesús de Nazareth naciendo al mundo, colmó los deseos de los antiguos patriarcas, cumplió los más remotos vaticinios, y abrió un nuevo y espacioso campo á la fe, que habia de guiar á la ciencia en los siglos ilustrados, y vencer á la ignorancia en la época de la barbárie.

Un largo periodo de inaccion siguióse para el racionalismo, que vuelto poco á poco de su letargo, consiente al principio en caminar de acuerdo con la fe; despues se aparta algun tanto de ella, y acaba por negarle y hacerle la más cruda guerra. La orgullosa razon extiende su dominio por las ciencias polfticas y morales, y no satisfecha aún, lleva su atrevimiento hasta el punto de querer erigirse en juez de la religion. Un crítico contemporáneo ha dicho perfectamente que el antiguo racionalismo podia dar razon de su existencia; mas que el moderno no puede: es una rebelion sin motivo del entendimiento humano contra la fe. Su origen actual no es otro que el principio constitutivo del protestantismo, la facultad del libre exámen. Si este exámen se limitase á los motivos de credibilidad, en buen hora, esa indagacion conduciría los entendimientos, primero á la comprobacion de los hechos, despues á la autoridad, y en último resultado daría en tierra con el orgulloso error del siglo XVI. Pero este pernicioso exámen se dirige á los misterios, sin tener en cuenta que en rigor lógico, siendo la percepcion del objeto la primera condicion para la posibilidad del exámen,

éste no puede versar sobre objetos cuya percepcion se halla fuera del alcance del entendimiento humano. Mas el orgullo no discurre de esta manera; firme en su propósito, en vez de acatar los objetos que no puede escudriñar, los desecha. Ha llegado inevitablemente á este término espantoso, y no pudiendo comprender á Dios, lo niega al ménos en su revelacion.

Hé aquí, Excmo. é Ilmo. Sr., lo que el racionalismo se permite acerca del dogma de la Trinidad. No lo comprende; no quiere confesar su origen divino, y en su loca pretension quiere probar que no es otra cosa sino el desarrollo de los dogmas de los antiguos pueblos, y más especialmente de la doctrina *platónica*. Y nótese bien la conducta que ha observado con relacion á este misterio. Cuando en el último siglo la lengua sacrilega de Voltaire lo calificaba de *una bagatela*, y sus más apasionados discípulos lo menospreciaban, en la actualidad ha llegado á ser para estos falsos filósofos la ley fundamental de la vida, dedicándose con tanto celo á descubrir y comprobar esta ley, que en pocos años nos han regalado una série variada de *trinidades*.

Contra tan funesto error se levanta la Iglesia Católica, ahora y siempre fiel guardadora de las grandes verdades, que tanto han ennoblecido al hombre, y afirma: que *la unidad de la divina esencia en tres personas realmente distintas, es un dogma católico, que carece de analogia con la doctrina de Platon*.

Tal es, Excmo. é Ilmo. Sr., la proposicion que debo defender de los ataques del racionalismo en este acto solemne, que viene á coronar mi carrera literaria. Si la justicia y santidad de la causa no se revelasen tan palpablemente, dudaria que mis débiles esfuerzos pudiesen contribuir de alguna manera á vindicarla, viniendo además á reanimarme la ilustracion y benevolencia del respetable claustro á quien tengo el honor de dirigirme.

La autoridad infalible con que el Señor ha enriquecido á su Iglesia, en cuyo seno hemos tenido la dicha inapreciable de nacer, y recibir las primeras inspiraciones, hasta para que hu-

millando nuestro entendimiento en obsequio de la fe, creamos firmemente el primer artículo que nos propone, á saber: la existencia de Dios, uno en esencia y trino en personas. Si nuestro objeto primario fuese demostrar este dogma, recurriríamos al testimonio de las sagradas letras, y aduciríamos los pasages de la vida de Nuestro Salvador y los hechos de los Apóstoles, que lo ofrecen clara y terminantemente, libre ya de las sombras en que por muy justificados motivos Dios lo hizo solamente entrever á su antiguo pueblo. Mas en el día de hoy es muy distinta nuestra mision. Vamos á combatir á hombres que confiesan una Trinidad; hombres hasta cierto punto científicos; pero que engreídos con los fueros de la razon, sin querer conocer el admirable impulso que la revelacion vino á dar al entendimiento humano, insuficiente por sí para alcanzar el alto puesto que Dios le tiene señalado, cierran los ojos á la luz, y se empeñan en negar las verdades más claras, no viendo en el colmo de su desgracia la benéfica influencia de que á pesar suyo disfrutan, y que ha regenerado á la sociedad. La ignorancia en unos, la ligereza en otros, y el espíritu de oposicion, llevado hasta el extremo en casi todos, los ha movido á asegurar, que el dogma de la Trinidad es una concepcion puramente humana y el desarrollo progresivo de las antiguas creencias. Preocupados con esta idea, no han reparado que los pueblos primitivos, todos, á excepcion de uno solo, el pueblo hebreo, han tenido como fundamento de su Teología el sistema de las emanaciones, que introduciendo en la divinidad una multiplicidad infinita, hace imposible toda semejanza con el dogma cristiano de la Trinidad. La misma escasez de conocimientos que, hasta hace poco más de medio siglo, hemos tenido acerca de los pueblos del Oriente, ha contribuido poderosamente á dar á su ciencia una importancia y un valor de que carecen; llegando algunos, arrastrados de su fogosa imaginacion, á comparar y hasta á anteponer ridículas fábulas á los más santos, puros y profundos misterios del cristianismo. Mas cuando con recta intencion se vá al fondo de

esas tradiciones, y se advierte que descansan sobre una manifestación dogmática falsa y funesta; cuando se tiene presente que sólo lo verdadero es bello, entonces no es fácil confundir las extravagancias y delirios de la imaginación, con lo grave, lo augusto y lo sublime de la verdad.

Esto no obstante, un número considerable de críticos, afectando gran aparato de erudición, han pretendido probar que Platon enseñó de una manera clara y distinta la Trinidad de personas en Dios, y que los filósofos de Alejandría, sus discípulos y comentadores, explicaron perfectamente su doctrina.

Para demostrar la falsedad de semejante aserto, exponeremos la doctrina auténtica del célebre Filósofo, tomada de las fuentes más puras, y su estudio nos dará por resultado: 1.º apreciar la ignorancia en que vivió del augusto é inefable misterio de la Trinidad Beatísima: 2.º conocer las contradicciones de sus discípulos, á pesar de que ampliaron su doctrina después de haber sido iluminados por la luz brillante del Evangelio.

En honor de la verdad debemos confesar con los críticos antiguos y modernos, que más han profundizado en el estudio de este Filósofo, que es muy difícil descubrir sus verdaderos sentimientos en medio de las tinieblas de que parece quiso rodearse; y que sin duda es ésta la causa principal de las contradicciones en que se ha caído con frecuencia. No obstante, de la atenta lectura del *Timeo*, del suplemento á este diálogo, y de su carta á Dionisio, que son las obras donde más especialmente se ocupa de Dios y del mundo, puede llegarse á formar un juicio moralmente cierto de su teoría acerca de la divinidad.

Ahora bien: ¿Platon tuvo ideas claras y verdaderas de ese admirable misterio, que nos presenta á Dios existente en unidad de esencia y trinidad de personas? Sin temor de equivocarnos, respondamos negativamente, y la exactitud de esta respuesta nos la ofrecerán algunas consideraciones de buen

sentido sobre el conjunto de su doctrina, sin que tengamos necesidad de enredarnos en el exámen de textos aislados, tan fáciles de ser alterados, y de que cada cual los acomode á su manera de sentir. En el sistema de Platon hallamos tres cosas eternas: 1.^a Dios, espíritu y padre del mundo: 2.^a la idea ó el modelo, arquetipo del mundo, segun el cual Dios lo formara: y 3.^a la materia informe que, segun él, participa de una manera inexplicable de la naturaleza divina. Hallamos ademas dos cosas que no son eternas, sino temporales, á saber: el alma del mundo, que la supone una sustancia compuesta de espíritu y materia, y el mundo mismo. Pues bien: de estos cinco principios veamos si podemos formar una Trinidad, que tenga analogía con el misterio revelado por Jesucristo.

Desde luego concedamos que en el primer principio reconociese Platon á un Dios todopoderoso, infinito, eterno, creador de todo lo que goza del privilegio de la existencia, en una palabra, que se formase acerca de él una idea igual á la que aprendemos de la primera persona de la Trinidad Beatísima. Supongámosle poseyendo el conocimiento de Dios Padre; conocimiento que bien pudiéramos negarle por carecer de sólidos fundamentos en sus escritos; pero que no es nuestro ánimo disputar aquí, á fin de abreviar la controversia. Pasemos á buscar la segunda persona en alguno de los principios admitidos por el Filósofo, y en primer lugar nos será fácil comprender que no podemos hallarla en esa materia eterna é informe, que supone participar de una manera inexplicable de la divinidad. En el momento que admitamos la materia eterna, caemos en un dualismo imposible de conciliar con este misterio. Por más que su autor la haya personificado; por más que la haya prodigado nombres pomposos; por más que haya dicho que participa de la divina inteligencia; en último resultado no tenemos sino una materia ordenada y arreglada por Dios en tiempo, y una vez admitido este principio, una barrera insuperable nos separa del dogma cristiano.

En segundo lugar, ¿en la idea eterna, ó el modelo, según el cual Dios formó el mundo, podremos reconocer la segunda persona del misterio? Aquí conviene fijar toda nuestra atención, por ser el argumento más fuerte de los adversarios. Concediendo Platon, como concede á la idea, una existencia absoluta, separada é independiente, será necesariamente distinta de Dios, y por consecuencia ni Dios tendrá ya su objeto en sí mismo, sino en esa idea que confiesa existe por sí, ni la idea podrá ser el Verbo, el *logos* verdaderamente divino.

Hay más. Concedamos que el filósofo colocase el modelo en la razon divina, en Dios; y adviértase, que para esto tenemos que pasar por alto innumerables textos que lo contradicen; á pesar de todo, ¿quién probará que haya distinguido esta razon divina de la misma divinidad? ¿Dónde hallar un pasage siquiera, en que veamos haya hecho de ella una hipóstasis, una persona? El único texto en que algunos quieren apoyar esta opinion, es la carta á Dionisio; carta de cuya autenticidad se duda, ó mejor, se cree generalmente supuesta; y aun cuando no fuese así, es completamente enigmática. El mismo Platon la llama un enigma, y sus intérpretes no han podido al presente ponerse de acuerdo sobre su verdadera inteligencia. En fin, aun cuando se establezca que Platon ha reconocido la personalidad del Verbo, su verbo nunca será más que el modelo ideal del mundo, no representará más que al mundo, y este verbo platónico no es, ni puede ser el que adora el cristianismo.

Todavía más. Para formar la trinidad platónica, no basta que tengamos dos personas; es necesaria una tercera; y si grandes dificultades hemos tocado para buscar la segunda, no hallando sino vagas ó confusas nociones, se presentan ahora insuperables para hallar lo que buscamos en la teoria del Filósofo. Sabido es, que una parte numerosa de los platónicos han querido ver la tercera persona en el alma del mundo, y que para establecer una semejanza aparente entre ella y el divino Espíritu, han hecho observar que los Padres

de la Iglesia consideraron al Espíritu Paráclito como el alma del mundo, atribuyéndole las mismas funciones que los platónicos suponían en aquella alma imaginaria. Pero aquí nuevo obstáculo. El alma del mundo, según confiesa el mismo Platon, no es eterna, sino formada por Dios en tiempo; y uno de los puntos que pueden averiguarse con certeza en los escritos del Filósofo, es la inferioridad de este alma, respecto de Dios que la formara. Constandonos que no le concede sino una existencia inferior y subordinada á Dios, bien podemos conocer que la desigualdad y subordinación jamás han sido los caracteres distintivos de la divinidad. En cuanto á los Padres de la Iglesia, es necesario notar que ninguno de los anteriores al Concilio de Nicea habló de esa manera; y los posteriores á este Concilio, en que se fijó la fe cristiana en lo relativo al misterio de la Santísima Trinidad, no se arriesgaban á atentar contra él en ese lenguaje; querían siempre corregir el de los platónicos; conformarse con él, jamás.

Si, pues, no hallamos en la doctrina de Platon ideas claras del inefable misterio, con dificultad sus discípulos habrán podido hallarlas en la explicación de su teoría positivamente anómala. Y en verdad que han padecido un error funesto todos aquellos que creyeron, que en vida del Filósofo, ó poco tiempo después, era conocido el dogma de la Trinidad. No; hasta el siglo II de la era cristiana, esto es, cerca de quinientos años después de Platon, no empezaron sus discípulos á enseñar aquella doctrina; doctrina, como hemos visto, tan oscura, que ciertamente no hubieran podido descifrarla, si un rayo de luz divina, desprendido del sagrado Evangelio, no hubiera iluminado sus inteligencias. La mayor parte de los filósofos platónicos participaron más ó menos de las puras y abundantes corrientes del cristianismo, y merced á su benéfica influencia adquirieron ideas más exactas de la divinidad. Sin embargo, llevados de ese espíritu de escuela, tan difícil de contrarrestar, y que arrastra ciegamente á los más esclarecidos ingenios, quisieron convertir á favor de su causa y en

defensa del paganismo, la misma doctrina, que venia á destruir aquella y derrocar á éste para siempre.

Y véase aquí la razon de esa diversidad de opiniones que la historia nos presenta en los discípulos de Platon, pudiéndose asegurar que son tantas las trinidadas platónicas, cuantos son los comentadores que ha tenido su doctrina. Así, en el siglo II de nuestra era tenemos à Alcinoüs, el cual ve en la teoría de Platon una especie de deidad, que consta de tres personas; pero es muy dudoso asegurar que las creyese un solo Dios. Numenio de Apamea, en el siglo III, distingue tambien tres personas divinas, y llega á distinguirlas tanto, que las presenta como otros tantos dioses realmente distintos. Plotino, que sin duda es el que más claramente se expresa acerca de este misterio, y segun el parecer de muchos, fué el autor de la trinidad platónica, era discípulo de Ammonio Saccas, apóstata del cristianismo, y por lo tanto es de creer que fuese instruido por su maestro en los dogmas cristianos. Ademas, que introduciendo divisiones y subdivisiones en los principios que considera en la Trinidad, viene á caer en el sistema de las emanaciones, al cual separa una barrera insuperable de la doctrina católica. Proclo introdujo nuevas modificaciones en el sistema de Plotino; y de este modo, observando una conducta análoga, la mayor parte de los filósofos defendian doctrinas tan contradictorias, que mútuamente se destruyeron. En apoyo de su opinion, todos recurrían á los escritos del maestro, y sin hacer escrúpulo de variar los textos, llegaron á adulterarlos, hasta el extremo de ser imposible averiguar lo que habia dicho.

¿Y cuál pudo ser la causa de que los discípulos de Platon hiciesen tan heróicos esfuerzos? La causa no es dudosa. Ellos conocian la superioridad del Evangelio, y comprendiendo que á medida que la *buena nueva* fuera propagándose sobre la haz de la tierra, iría minando y destruyendo el imperio del paganismo vacilante, trataron de oponerle dogmas parecidos, que dividiesen los ánimos, é interrumpieran, si posible fuese, su triunfal carrera.

Hemos examinado, Excmo. é Ilmo. Sr., las pretendidas fuentes del dogma de la Trinidad, que sólo han ofrecido á nuestro análisis ignorancia, errores y contradicciones. La más ligera noción del dogma cristiano basta para apreciar la falsedad de los sistemas adoptados por el racionalismo, que pretendiendo no ver sino el desarrollo progresivo de las creencias de los antiguos, debiera empezar probando que hay identidad entre sus teorías y la teoría cristiana. Muy léjos de existir semejante identidad, la doctrina católica ha sido siempre su más absoluta contradicción. El dualismo y la emanacion, bases de todos los sistemas platónicos, fueron rechazados constantemente por el cristianismo, como el origen de todos los errores y el gérmen de todos los extravíos del entendimiento humano. ¿Quién se atreverá, pues, á comparar esas nociones oscuras y confusas con la precision y exactitud de la enseñanza católica? El inefable misterio de la Trinidad Beatísima, presentándonos la unidad de la esencia divina, participada igualmente por tres personas coeternas y consustanciales, eleva nuestro entendimiento sobre todo lo creado y finito, haciéndonos concebir la más alta y sublime idea de la divinidad. Su creencia influye poderosamente en nuestra perfeccion moral y religiosa, desde el momento en que reflexionamos que éste, como todos los misterios, se hallan combinados con admirable economía para la obra de la salvacion humana. ¿Quién creería que el dogma de la Trinidad, que á primera vista parece el más repugnante á la razon, sirve para explicar y aligerar el peso de todos los demas? Sabido es, que el plan del cristianismo ha sido la regeneracion del hombre, para elevarle á lo que fué en un principio, la imágen y semejanza de Dios. El dogma de la redencion nos enseña la manera sobrenatural é incomprendible con que Dios llevó á cabo su designio, haciéndonos palpables sus divinos atributos, sin rebajar un ápice su dignidad. Pues bien: este dogma, centro del cristianismo, que ha dado al hombre un conocimiento igual al de los espíritus angélicos acerca de la bondad, sabiduría, misericordia y justicia de

Dios, sería incomprendible, si ignorásemos el misterio de la Trinidad augusta. No sabiendo que en la unidad de esencia existen tres personas realmente distintas, ¿cómo concebiríamos que el Hijo de Dios, tomando la naturaleza humana, muriese en una cruz por nuestro amor? Si de esa manera fácil y sencilla con que se recibe la verdad, no hubiésemos aprendido que en Dios hay tres personas, una que exige, otra que satisface, y otra que derrama sobre nosotros el fruto de esa satisfacción, ¿cómo nuestra inteligencia hubiera comprendido ese dogma consolador, ni cómo hubiera ejercido alguna influencia moral sobre nuestro corazón?

Concluyamos que el misterio de la Santísima Trinidad, primera base de la Religión cristiana, sólo puede ser combatido, ó por la ignorancia que, hija de la indiferencia religiosa, sólo merece nuestra conmiseración, ya que no nuestro desprecio, ó por la falsa y orgullosa ciencia, que sin querer reflexionar sobre cosa alguna, se atreve á explicarlo todo.

Permitidme, Excmo. é Ilmo. Sr., termine con las palabras de un apologista contemporáneo: «En el misterio de la Trinidad, y en el espeso velo que lo cubre, hay una sabiduría profunda, y un profundo conocimiento de nuestra naturaleza, que no puede pertenecer más que á su Autor, y que está en justo equilibrio entre el dogma y la moral, que nos ilumina sin deslumbrarnos, nos instruye sin envanecernos, y dirige toda ciencia á la perfección de la virtud.»

He dicho.

Madrid y Setiembre 26 de 1860.

Joaquín García y García.



Dios, sería responsable, el ignoramos el misterio de la Trinidad augusta. No sabemos que en la unidad de esencia existan tres personas realmente distintas, como concebimos que el Hijo de Dios, tomando la naturaleza humana, naciese en una vez por tanto, y así como se concibe la Trinidad como se concibe la verdad, los misterios, el principio que en Dios hay tres personas, una que exige, otra que satisface, y otra que habita sobre nosotros el Hijo de esta nación. Como misterio inteligible, como misterio como lo es, algunos conciben, en cómo misterio que no tiene ninguna moral sobre nuestro corazón?

Concluimos que el misterio de la Santísima Trinidad, primera base de la fección cristiana, sólo puede ser conocido, o por la fección que, hija de la fección religiosa, sólo misterio nuestra construcción, ya que no nuestro conocimiento, o por la fección y fección, que sin que se feccionen sobre cosa alguna, se envía a espíritu todo.

Permitámonos, Excmo. Sr., terminar con las palabras un apologista contemporáneo: «En el misterio de la Trinidad, y en el espacio que lo cubre, hay una realidad profunda y un misterio conmovedor de nuestra naturaleza, que no puede entenderse más que a través de la fe, y que sólo en el equilibrio entre el dogma y la moral, que nos ilumina sin deslumbrarnos, nos instruye sin enmudecernos, y dirige cada cosa a la perfección de la fe».

He dicho.

Madrid y Setiembre 26 de 1880.

Joaquín García y Galiano



UVA. BHSC. LEG.05-1 n0390